

La madre me ofreció su casa y toda su hacienda; era mujer acreditada en el trato, tenía mucho y buen despacho; ganaba bien de comer, regalábame mucho; servíame al pensamiento, trayéndome aseado, limpio y oloroso, mirado y respetado como señor de todo; nunca creí que aquello me faltara, quise quitarme de malas lenguas, que ya me levantaban lo que si fuera verdad quizá no me perdiera. Señores míos, con perdón de vuestras mercedes, caséme. No ha sido mala cuenta que di de tantos estudios, de tantas letras, de verme ya en términos de ordenarme y graduarme, para poder otro día catedrar por lo menos, porque pudiera según la opinión que tuve. Y ya en la cumbre de mis trabajos; cuando había de recibir el premio, descansado dellos, volví de nuevo como Sisifo á subir la piedra. Considero agora lo que muchas veces entonces hice; cómo sabe Dios trocar los desinios de los hombres; cómo ya hecho el altar, puesta la leña, Isaac encima, el cuchillo desnudo, el brazo levantado, descargando el golpe, impide la ejecución. Guzmán, ¿qué se hicieron tantas velas, tantos cuidados, tantas madrugadas, tanta continuación á las escuelas, tantos grados, tantas pretensiones? Ya os dije, cuando en mi niñez, que todo vino á parar en la *capacha*, y agora los de mi consistencia en un meson, y quiera Dios que aquí paren.

CAPITULO V.

Deja Guzmán de Alfarache los estudios, vase á vivir á Madrid, lleva su mujer, y salen de allí desterrados.

¶ Pues de bachiller en teología salté á maestro de amor profano, ya se supone que soy licenciado, y como tal podré con su buena licencia decir lo que conozco dél, como tan buen practicante suyo. Si lo quisiésemos definir, habiendo tantos dicho tanto, sería volver á repetir lo millares de veces repetido. Es el amor tan todo en todo, tan contrario en sus efectos, que aunque mas dél se diga, quedará menos entendido; empero diremos dél algo con los muchos. Es amor una prision de locura, nacida de ocio, criada con voluntad y dineros, y curada con torpeza. Es un escoso de codicia bestial, sutilísima y penetrante, que corre por los ojos hasta el corazón: como la yerba del ballestero que, hasta llegar á él como á su centro, no para. Huésped que con gusto convidamos, y una vez recibido en casa, con mucho trabajo aun es dificultoso echarlo della. Es niño antojadizo, y desvaria; es viejo y caduco; es hijo que á sus padres no perdona; y padre que á sus hijos maltrata; es dios que no tiene misericordia, enemigo encubierto, amigo fingido, ciego certero, débil para el trabajo, y como la muerte. No tiene ley ni guarda razón; es impaciente, sospechoso, vengativo y dulce tirano. Pintarlo ciego, porque no tiene medio ni modo, distincion ó eleccion, orden, consejo, firmeza ni venganza, y siempre yerra. Tiene alas por su lijereza en aprender lo que se ama, y con que nos lleva en desdichado fin; de manera, que solo aquello que á ciegas aprueba, con lijereza lo solicita y alcanza. Y siendo sus efectos tales, para la ejecución dellos quiere que falte paciencia en esperar, miedo en acometer, policía en hablar, vergüenza en pedir, juicio en seguir, freno en considerar y consideracion en los peligros. Amé con mirar, y tanta fué su fuerza contra mí, que me rindió en un punto.

¶ No fué necesario trascurso de tiempo, como algunos afirman y yerran. Porque como después de la caída de nuestros primeros padres, con aquella levadura se acedó toda la masa corrompida de los vicios, vino en tal ruina la fabrica de este reloj humano, que no le quedó rueda con rueda, ni muelle fijo que las moviese. Quedó tan desbaratado, sin algun orden ó concierto, como si fuera otro contrario, en ser muy diferente del primero en que Dios lo crió, lo cual nació de la inobediencia sola. De allí le sobrevino ceguera en el entendimiento, en la memoria ol-

vido, en la voluntad culpa, en el apetito desorden, maldad en las obras, engaño en los sentidos, flaqueza en las fuerzas, y en los gustos penalidades: cruel escuadrón de saltadores enemigos, que luego, cuando un alma la infunde Dios en un cuerpo, le salen al encuentro pegándosele; y tanto, que con su halago, promesas y falsas apariencias de torpes gustos, la estragan y corrompen, volviéndola de su misma naturaleza. De manera que podría decirse del alma, estar compuesta de dos contrarias partes, una racional y divina, y la otra de natural corrupcion. Y como la carne adonde se aposenta sea flaca, frágil y de tanta imperfeccion, habiéndolo dejado el pecado inficionado todo, vino á causar que casi sea natural á nuestro ser la imperfeccion y desorden: tanto y con tal extremo, que podríamos estimar por el mayor vencimiento el que hace un hombre á sus pasiones.

¶ Mucha es la fortaleza del que puede resistirlas y vencerlas, por la guerra infernal que se hacen siempre la razón y el apetito; que como él nos persuade con aquello que mas conforma con la naturaleza nuestra, con lo que mas apetecemos, y esto sea de tal calidad, que nos pone gusto el tratarlo y deseo en el conseguirlo; y por el contrario, la razón es como el maestro, que para bien corregirnos, anda siempre con el azote de la reprehension en la mano, acusándonos del mal que hacemos: hacemos como los niños; huimos de la escuela con temor del castigo, y nos vamos á las casas de las tias ó de los abuelos, donde se nos hace regalo; desta manera, siempre ó las mas veces (que no debiera) la razón avasallada de nuestro apetito; el cual, como tiene ya sobre nosotros adquirida tanta posesion y señorío, siendo el del torpe amor tan vehemente, tan poderoso, tan propio de nuestro ser, tan uno y ordinario nuestro, tan pegado y conforme á nuestra naturaleza, que no es mas propia la respiracion ó el vivir, síguese de necesidad ser lo más dificultoso de reprimir, y el enemigo mas terrible, y el que con mayor poder y fuerza nos acomete, asalta y rinde. Y aunque sea notoria verdad, que teniendo la razón, como tiene, su antiguo y preeminente lugar, suele algunas veces impedir con su mucha sagacidad y valor, que una repentina vista (aunque traiga pujanza de causas poderosas que la favorezcan al mal) pueda con facilidad robar de improviso la voluntad, sacando á un hombre de sí; empero por lo que tengo dicho, como el apetito y voluntad sean tan certeros, tan libres, tan señores, y enseñados á nunca obedecer ni reconocer superior, es facilísimo, que, teniéndolos amor de su parte, haga cualesquiera efectos, de la manera y según que mejor le parecieren.

¶ Y también porque siendo, como lo es, todo bien apetecible de su misma naturaleza, y todo lo que se obra es en razón del bien que se nos representa y hallamos en ello, siempre deseamos conseguirlo, llegándolo á nosotros; y si nos fuese posible, querríamos con el mismo deseo convertirlo en sustancia nuestra. Resulta desto, no ser forzoso ni necesario, para que uno ame, que pase distancia de tiempo, que siga discurso ni haga eleccion; sino que con aquella primera y sola vista, concurren juntamente cierta correspondencia ó consonancia, ó lo que acá solemos vulgarmente decir, una confrontacion de sangre, á que por particular influjo suelen mover las estrellas; porque como salen por los ojos los rayos del corazón, se inficionan de aquello que hallan por delante semejante suyo, y volviendo luego al mismo lugar de donde salieron, retratan en él aquello que vieron y codiciaron; y por parecerle el apetito prenda noble, digna de ser comprada por cualquier precio, estimándola por de infinito valor, luego trata de quererse quedar con ella, ofreciendo de su voluntad el tesoro que tiene, que es la libertad; quedando el corazón cautivo de aquel señor que dentro de sí recibió. Y en el mismo instante que aqueste bien, ó aquesta cosa que se ama, se considera; luego que aplica el hom-

bre su entendimiento á tenerlo por sumo bien, deseándolo convertir en sí, se convierte en él mismo.

¶ Síguese desto, que aquellos mismos efectos que puede causar por largos tiempos, ganándose por continuacion ó trato, también se pueden causar en el instante que se causa esta complacencia del bien que nos figuramos; porque como no sabemos, ó por hablar lenguaje mas verdadero, no queremos irnos á la mano; y por la corrupcion de nuestra naturaleza, flaqueza de la razón, cautiverio de la libertad y débiles fuerzas, deslumbrados desta luz, vamos desalados, perdidos y encandilados á meternos en ella, pareciéndonos decente y propio rendirlos luego, como á cosa natural. Y tanto como lo es la luz del sol, el frío de la nieve, quemar el fuego, bajar lo grave, ó subir en su esfera el aire sin dar lugar al entendimiento, ni consentir al libre albedrío, que gozando de sus privilegios usen su oficio por haberse sujetado á la voluntad, que ya no era libre, y en cambio de contrastarla, le dan armas contra sí.

¶ Esto mismo le sucede á la razón y entendimiento con la misma voluntad, que cuando en la primera edad, en el estado de inocencia, eran señores absolutos los que gobernaban con sujecion, y tenían en paz toda la fábrica, quedaron esclavos obedientes después del primer pecado, y por ministros de aquella tiranía. Luego son favorecidos del ciego y depravado entendimiento; y sedientos de su antojo, se abalanzaron de pechos por el suelo á beber las aguas de sus gustos. Corren como halcones con capirotos, ya por lo mas levantado de los aires, ya por lo espeso de los bosques, no conociendo el venidero peligro, ni temiendo el daño cierto. Así nunca reparan en distancia de tiempo, que se les ponga delante, por la cual causa es el amor impaciente y hizo tales efectos en mí.

¶ Volvíme á casar segunda vez, muy con mi gusto, y tanto, que tuve por cierto que nunca por mí se comenzara el tocino del paraíso, y que fuera el hombre más bienaventurado de la tierra. Nunca me pasó por la imaginacion considerar entonces, que aquel sacramento lo debiera procurar para solo el servicio y gloria de Dios, perpetuando mi especie, mediante la sucesion; solo procuré la delectacion. Menos dí lugar al entendimiento, que me aconsejase de lo que él bien sabia, ni le quise oír: cerré los ojos á todos, despedí á la razón, maltraté á la verdad, porque me dijo que casando con hermosa, era de necesidad haber de ofrecérseme cuidados, por haber de ser común: últimamente, de mal aconsejado, conseguí con mi gusto un mal bien deseado; cegáronme dotes naturales, diéronme hechizos, gracia y belleza, tan propio de mi esposa y sin algun artificio. Yerra el que piensa que pueda parecer algo bien con ajena compostura, pues lo ajeno se lo da, y luego que se lo vuelve, vuelve lo feo á quedarse con su fealdad.

Tuve dias muy alegres; que los que no gozan de suegra, no gozan de cosa buena; tratábame como á verdadero hijo, buscando por cuantas vias podia mi regalo; no trujo huésped bocado bueno á casa que no me alcanzase parte, ni ella lo pudo haber que no me lo comprase; y como mi esposa trujo poca dote, tenía para hablar poca licencia, y menos causa de pedirme demasias; era moza, y tanto, que pude hacerla de mi voluntad: tomé parientes que se honraban de mí, por las ventajas que me reconocian; que á quien los toma mejores, nunca le faltan señores á quien servir, jueces á quien temer, y dueños á quien ser forzosos tributarios. Mi suegra lo era mia, y mi cuñada mi esclava; mi esposa me adoraba, y toda la casa me servía. Nunca jamás, como aquel breve tiempo, me ví libre de cuidados; no eran otros los míos que comer, beber, dormir, holgar, y, sin ser ni de un solo maravedí pecheo, me bailaban delante todos, las bocas llenas de risa. Era danza de ciegos, y yo lo estaba mas, que los guiaba.

Dicen de Circes, una ramera que con sus malas artes volvía en bestias los hombres con quien trataba: cuáles

convertía en leones, otros en lobos, jabalies, osos ó sierpes, y en otras formas de fieras; pero juntamente con aquello quedábales vivo y sano su entendimiento de hombre, porque á él no les tocaba. Muy al revés lo hace agora esta ramera, nuestra ciega voluntad, que, dejándonos las formas de hombres, quedamos con entendimiento de bestias; y como ya otra vez dije, nunca se vió mudanza de fortuna que no se acompañase de daños nunca presumidos ni pensados, y siempre se nos finge á los principios blandísima y suave, para mejor despeñarnos con mayor pena; pues la que se siente mas es, en la falta de los bienes, acordarse de los muchos poseídos; dió la vuelta conmigo, con mi mujer y toda su familia.

Mi suegro, que haya buen siglo, aunque mesonero, era un buen hombre; que no todos hacen sobajar las maletas ni alforjas de los huéspedes; muchos hay que no mandan á los mozos quitar á las bestias la cebada, ni á los amos moderan la comida, que son cosas esas que tocan mas á mujeres por ser curiosas; y si algo desto hay, no tienen ellos la culpa, ni se debe presumir esto de mi gente, por ser como eran, todos de los buenos de la montaña, hidalgos como el Cid, salvo que por desgracias y pobreza vinieron en aquel trato; lo cual se prueba bien con lo siguiente: porque como él fuese tan honrado, tan amigo de amigos, inclinado á hacer bien, fió á un su compañero en cierta renta de diezmos; algunos quisieron decir que la cebada y trigo la gastó en su casa, pero no lo creo; pues tan mal salió dello, salvo si no se perdió por pasar adelante con su honra, que, según decían después mi suegra, mujer y cuñada, fué hombre muy amigo de bien comer, y que su mesa siempre tuviese abundancia, sus cubas generosos vinos, y su persona bien tratada, fué usufrutuario de su vida, que hay hombres cuyo dios está en su vientre. Yo conocí en Sevilla un hombre casi su semejante, aunque de poca honra, el cual trataba de solo trasladar sermones, y le pagaban á medio real por pliego; el cual como lo hubiese menester para que me trasladase cierto proceso dentro de mi casa, y se tardase mucho en volver á trabajar después de medio dia, diciéndole yo que cómo se había detenido tanto, me respondió, que había ido muy lejos á comer. Pues como yo le viese un hombre hecho pedazos, con mas rabos que un pulpo, sin zapatos, calzas, capa, ni sayo, y tan pobre; pareciéndome que podría ó debía comer en la taberna, le dije: «¿pues no hay bodegones por aquí cerca, sin ir tan lejos?» Y respondióme: «señor, sí hay; empero ninguno dellos tiene lo que yo como, ni lo dan en otro que adonde voy.» Quisé por curiosidad saber qué comía, y díjome: «yo soy pobre hombre, como lo quegano, y gano lo que puedo para vivir mejor. En el bodegon adonde voy, saben ya que me tienen de dar una libreta de carnero merino castrado, y para con él una salsa de oruga hecha con azúcar. Con esto paso el invierno, que para el verano con una poca de ternera me basta.»

Digo de mi cuento, que, como el compañero de mi suegro faltase, y él á cabo de pocos dias falleciese, cuando se cumplió el plazo de la paga vinieron á ejecutar á mi suegra; por ella llevaron cuanto en toda la casa hallaron, que no faltó sino llevarnos á vueltas dello á mí y á mi mujer; empero tanto monta, pues dieron con las personas de patitas en la calle. Vimonos desbaratados, como quien escapa robado de corsarios; recogimonos como pudimos á casa de vecino, y como habian de dar los acreedores el meson á quien mejor se lo pagase, no faltaron para él opositores, que *quien es de tu oficio ese es tu enemigo*; nunca en los tales falta invidia, siempre les pesa del acrecentamiento del otro. Aquel meson estaba de antes bien acreditado, fueron echando pujas (queriéndolo cada cual para sí) sobre las de mi suegra, que también lo pretendía por su arrendamiento, como mujer que allí se había criado y á sus hijas, y por su buena gracia estaba en él arrendada. Quedamos con él á pesar de ruines; mas tan su-

bido de precio y por sus cabales, que apenas alcanzábamos un pan y sardinas; que toda la ganancia se la chupaba la renta como una esponja; y tanto, que perecíamos (con el oficio) de hambre.

Cuando me vi tan apurado, quise revolver sobre mí, valiéndome de mi filosofía, comenzando á cursar en medicina como hijo de sastrero: pero no pude ni fué posible aunque continué algunos días, y se me daba muy bien por los famosísimos principios que tenía de la metafísica; que así se suele decir, que *comienza el médico de donde acaba el físico, y el clérigo de donde el médico*. Todo mi deseo era si pudiera sustentarme hasta graduarme, mas era en vano, aunque para poderlo hacer permití en mi casa juego, visitas, conversaciones y otras impertinencias que todas me dañaron: *huy del perejil, y nacióme en la frente*; mas parecióme que nada de aquello pudiera tocar á fuego, y que bastaba la sola golosina, y fuera como los cominos, que colgados en un taleguillo en el palomar, á solo el olor vinieran las palomas; empero sucedióme lo que al confitero, que al sabor de lo dulce acudian las moscas y se lo comían. A los principios disimulé un poco, y poco hasta consentir á una mujer para que se alargue mucho. Todo andaba de harapo: comíamos, aunque limitadamente, mas ya las libertades entraban muy á lo hondo, perdían pié, desmandábanse, faltando el miedo y respeto, mi reputación se anegaba, nuestra honra se abrasaba, la casa se ardía, y todo por el comer se sufría. Callaba mi suegra, solicitaba mi cuñada, y *tres al mohino jugaban al mas certero*; yo no podía hablar, porque di puerta y fui ocasión, y sin esto perecíamos de hambre: corrí con ello, dándome siempre por desentendido hasta que mas no pude.

Los estudiantes podían poco, que nunca sus porciones tienen fuerzas para sufrir ancas, y no había en todos ellos alguno, que rigiendo la oración se hiciera nominativo, á quien se guardara respeto y acudiera con lo necesario: pues mal comer, poco y tarde, y por tan poco interés dar tanto, que siempre había de verme puesto en acusativo, como la persona que padece, no quise. Hice mi cuenta: *ya no puede ser el cuervo mas negro que sus alas*; el daño está hecho, y el mayor trago pasado, empañada la honra, menos mal es que se venda; el provecho aquí es breve, la infamia larga, los estudiantes engañosos, la comida difícil; no solo conviene mudar los bolos, empero hacerlo con mucha brevedad. Malo de una manera y peor de la otra, vamos á lo que nos fuere de mas provecho, donde ya que algo se pierda, no seamos el alfyate de la esquina, que ponía hasta el hilo de su casa: no ha de arrojarse todo con la maldición, quédenos algo que algo valga, siquiera lo necesario á la vida, comer y vestido. Salgamos de aqueste valle de lágrimas, antes que vengan las vacaciones, donde todo calme. Dejemos esta gente *non sancta*, de quien lo que mas en grueso se puede sacar es un pastel de á real, ó dos pellas de manjar blanco, y cuando dan para ello, no se van de casa hasta comerse la mitad; si sus madres les envían un barril de aceitunas cordobesas, cumplen con darnos un platillo, y nos quiebran los ojos con dos chorizos ahumados de la montaña. No, no: eso no, que nos tiene mas de costa. Yo sabía ya lo que pasaba en la corte; había visto en ella muchos hombres que no tenían otro trato ni comían de otro juro que de una hermosa cara, y aun la tomaban en dote; porque para ellos era una mina, buscando y solicitando casarse con hembras acreditadas, diestras en el arte, que supiesen ya lo que les importaba, y donde les apretaba el zapatillo; via también las buenas trazas que tenían para no quedar obligados á lo que debieran, que cuando estaba tomada la posada, ó dejaban caer la celosía, ó ponían en la ventana un jarro, un chapín ó cualquiera otra cosa en que supiesen los maridos que habían de pasarse de largo, y no entrasen á embarazar.

A medio día ya sabían que habían de tener el campo;

franco; entraban en sus casas, hallaban las mesas puestas, la comida buena y bien prevenida, y que no habían de calentarse mucho la silla; porque quien la enviaba quería venirse á entretener un rato; y á las noches en dando las ave marías volvían otra vez, dábanles de cenar, íbanse á dormir solos, hasta que se les hiciesen horas á sus mujeres de irse con ellos á la cama, y acontecía detenerse hasta el día, porque iban á visitar á sus vecinas; en resolución, ellos y ellas vivían con tal artificio, que sin darse por entendidos de palabra, sabían ya lo que había cada uno de poner por la obra. Y estos tales eran respetados de sus mujeres y de las visitas, á diferencia de otros que, sin máscaras ni rodeo, pasaban por ello, y aun los solicitaban, llamando y trayendo consigo á los convidados, comiendo en una mesa y durmiendo en una cama juntos. Yo conocí uno, que, porque un galán de su mujer se amancebó con otra, se fué á él, y diciéndole que por qué faltas que le hubiese hallado había dejádola, le dió dos puñaladas, aunque no murió dellas. Estos tales van al bodegón por la comida, por el vino á la taberna, y á la plaza con la espuerta.

Pero los mas honrados basta que dejen la casa franca y se vayan á la comedia ó al juego de los trucos, cuando acaso les faltan las comisiones. No hiciera yo por ningún caso lo que algunos, que cuando en presencia de sus mujeres alaban otras algunas buenas prendas de damas cortesanas, les hacían ellos que descubriesen allí las suyas, loándoselas por mejores. Mas en cuanto una tácita permission, sin género de sumision, esa ya yo estaba dispuesto á ello: cogí mi hatillo, que todo era el del caracol, que cupo en una caja vieja bien pequeña y metida en un carro, sentados encima della nos venimos á Madrid cantando *tres anades madre*. Venía yo á mis solas haciendo la cuenta: conmigo llevo pieza de rey, fruta nueva, fresca y no sobajada, pondréle precio como quisiere. No me puede faltar quien, por suceder en mi lugar, me traiga muy bien ocupado, y un trabajo secreto puede disimular á título de amistad, ahorrando la costa de casa; y ganando yo por otra parte, presto seré rico, tendré para poner una casa honrada, donde reciba seis ó siete huéspedes que me den lo necesario bastantemente, con que pasaremos. Yo tengo todas aquellas partes que importan para cualquier negocio que de mí quieran fiar, para fuera soy solícito y para en casa sufrido; iré cobrando crédito, y en teniendo colmada la medida de mi deseo, alzaréme á mayores, pondré mi trato sin que sea necesario tener otros achaques. Venía mi esposa con el mejor vestido de los que tenía, y un galán sombrero con sus plumas, y fuera dellas maldito el caudal, ni aun cañones que teníamos otros, excepto la guitarra.

Cuando á la corte llegamos, luego al instante, antes de bajar los piés en el suelo, corrió la fama de la bienvenida; hizo reseña con su hermosura, llegósele la gente, y el que mas por entonces mostró desearnos acomodar, fué un ropero rico de la calle Mayor, que preguntándonos de dónde veníamos y adónde caminábamos, cuando le dije que allí no mas, y que no teníamos posada conocida, profesando querernos hacer amistad, nos llevó á la de una su conocida, donde nos hicieron todo buen acogimiento, no por el asno sino por la diosa. El buen ropero dijo, que vendríamos muy cansados de la mala noche y del camino; y pues no teníamos quien luego nos trujese lo necesario, descuidásemos dello, que con su criado lo enviara. Hízonos aquel día traer de comer gallardamente de casa de un figon, que allí lo tenía siempre bien prevenido, y veíste aquí donde viene á la tarde, donde ya después de cumplimientos y comedimientos, le pregunté que cuánto había gastado. Respondióme ser todo una miseria, que deseaba servirme, cuando se ofreciese ocasión, en cosas de mas calidad, y que de aquella no había que hacer caso; hizo como del corrido en que se le tratase dello;

empero yo porfiaba en que había de recibir el costo que fuese; lo que es amistad, amistad, y el dinero, dinero; así me vino á decir que todo había costado solos ocho reales: díselos; mas porque no saliese de casa, comencé á usar de mi oficio, que tomando la capa, dije, que me importaba ir á visitar á cierto amigo; dejélos en buena conversacion en el aposento de la huéspeda, y fuíme á pasar hasta la noche. Cuando volví ya estaba la mesa puesta, la cena guisada, y todo tan bien prevenido, como si para ello le hubiera quedado á mi mujer mucho dinero; no le hablé palabra ni pregunté de dónde había venido, ni quién lo había enviado; tanto porque convenia, cuanto porque la huéspeda dijo, que habíamos de ser aquella noche sus convidados; fué también el señor de la roperia, y desde aquella cena quedamos muy grandisimos amigos.

Veníamos á visitar, llevábanos á todos á holguras: á cenar al rio, á comer en quintas y jardines, las tardes á comedias, dándonos aposento y muy buena colacion en él, con que fuimos pasando un poco de tiempo. Y aunque verdaderamente hacia el hombre cuanto podia, y nada nos faltaba, ya se me hacia poco, porque había quien lo quería sacar de la puja. Yo sabía que las mujeres de buen parecer son como harina de trigo, de la flor, de lo mas apurado y sutil della se saca el pan blanco y regalado que comen los principes, los poderosos y gente de calidad. El no tal, que sale del moyuelo, del corazon y algo mas moreno, come la gente de casa, los erizados, los trabajadores y personas de menos cuenta; y del salvado, se hace pan para perros, ó lo dan á los puercos. La hermosa y de buena cara, luego que llega en alguna parte, donde no es conocida, lo primero se llevan los mejores del pueblo, los principales y ricos dél, y los que son señores ó mas valen. Luego entran (cuando ya estos están hartos) los plebeyos, los hijos de vecinos y gente que con un cantarillo de arropo por vendimias, una carga de leña por navidad, una cestilla de bigos por el tiempo, pagan salario para todo el año como al médico y barbero. Mas en pasando destes anda ladrada de los perros, no hay zapatero de viejo que no las acometa, ni queda cedacero que no las haga bailar al son de la sonaja.

Ya le había dado un vestido de azabachado negro, guarnecido de terciopelo, con un manteo de grana, guarnecido con oro; teníamos cama, bufete y sillas, y no supe de dónde se habían comprado; cuatro buenos guadanes; la casa estaba, que con pocos trastos mas pudiéramos morar por nosotros; la huéspeda nos desollaba, pareciéndole, que también había de meter sopa y mojar en la miel, por sola la permission que ponía de su parte, y aquesto no era lo que yo buscaba ni me venía bien á cuento; tampoco el señor, porque solicitaba la cátedra otro mejor opositor de mas provecho. Y aunque conozco que procedía en su trato como ropavejero de bien, es caso muy distinto del mio, que *hoy daré por tres lo que mañana no por diez*. El tiempo es el que lo vende, y no es á propósito que sea hombre de bien uno, si yo lo he menester para otro; porque importa poco que sea buen músico el sastrero, para hacer bien un vestido, ni el médico que trata de mi salud, que sea famoso jugador de ajedrez; dinero y mas dinero era lo que yo entonces buscaba, que no bondades ni linajes. Lo que no era de mucho provecho, me causaba mucho enfado; no solamente me contentaba con el sustento y vestido necesario, sino con el regalo extraordinario; que comprasen á peso de oro la silla que se les daba, la conversacion que se les tenía, el buen rostro que se les hacia, el dejarlos entrar en casa, y sobre todo la libertad que les quedaba saliéndome yo della; y esto no podía hacer nuestro buen hombre. Queríanos llevar por el canto llano que comenzó cuando al principio nos conoció, como si fuera imposicion de censo perpetuo, que había siempre de pasar de una misma for-

ma. Ya yo sabía quién con escaso de ventajitas era mas benemérito y mas á mi cuento; empero poníame solo por delante la diferencia que hace, tienes á quienes, haberlo yo de ir á dar á entender, que gustaría de su amistad. Bien sabía y me constaba que la deseaba; mas era extranjero y no se atrevía; pues acometerle yo, fuera estimarnos en poco; dejar al otro también, fuera locura; porque *mejor es pan duro que ninguno*, ni osaba tomar ni dejar.

Esta manera fui algunos días pasando diestramente hasta ver el mio. Acudía de ordinario á las casas de juego, ya jugando, ya siendo tomajon, pidiendo á mis amigos y conocidos del tiempo pasado, y lo que me daban ó junta-ba, esperaba ocasión, y cuando el ropero estaba en casa dábale á mi mujer para el gasto, por no darle á entender mi flaqueza, y que consentia sus visitas por el sustento, y en apartándose de allí, luego á mi mujer le pedía dinero para jugar, y volvíame á dar, y aun otros muchos; de manera, que siempre fui para con él señor de mi voluntad, sin darle alguna entrada por donde pudiera perderse respeto. Andaba el extranjero por su parte bebiendo vientos, haciendo grandisimas diligencias por ganarnos la voluntad, y nosotros cada uno de por sí, por tener la suya, conociendo las ventajitas que se habían de seguir; mas como yo por mi parte recataba mi casa de algun desastre, temí no la oyesen dos á la par, que ni sufrió dos cabezas un gobierno, ni se anidaron bien dos pájaros juntos en un agujero; y tampoco mi mujer se atrevía, por no juntar cuadrillas ni ser comun de tres, hasta que ya viéndolo bien que á cuento nos venía, y que cuanto el ropero alojaba la cuerda, el extranjero apretaba mas en su negocio; que andaban los presentes, joyas, dineros y banquetes en buen punto; alcéme á mayores diciendo, que no me hallaba en disposición de pagar posada, pudiendo sustentar casa: con esto apartamos el rancho, y puse mi tienda.

El extranjero me hacia mil zalemas, y yo al ropero la cara de perro, tanto cuanto el uno me llevaba tras de sí, procuraba ir sacudiendo al otro de mí, hasta que ya cansado dél, vine á decirle que si me había pasado á casa sola, era por solo ser el señor della y andar á mi gusto, si vestido ó si desnudo; que me hiciese merced en visitarme á tiempos que le pudiese bien recibir, y no cuando tuviese forzosa ocupacion en mis negocios; porque yo ni mi mujer podíamos estar siempre dispuestos ni embalados esperando visitas. El hombre lo sintió de manera que nunca me volvió á cruzarme los umbrales, excepto por tercerías de su amiga, huéspeda que había sido nuestra, y allá se van en achaque de visita de mil á mil años, cuando podía escaparse. Acá nuestro extranjero, como anduvo tan maniroteo y liberal, fuéme forzoso mostrarme de buen semblante, porque iba deportante, y según llevaba el paso, presto salíamos de muda, y así fué; porque como mi mujer le fuese haciendo buen rostro, viéndose sola, estimaba él en tanto cualquier pequeño favor, que lo pagaba con peso de oro. Dimonos por amigos, convidóme á su casa, y pidiéndome licencia envió á la mia muchos y muy buenos platos de los manjares que sirvieron á nuestra mesa, y con secreta orden á los criados que los llevaban, que no los volvieran, y que allá los dejasen, aunque todos eran de plata. No me pesaba dello, empero pesábame que tan al descubierto se hiciese; pues no hay hombre tan leño que no entienda que cuando aquesto se hace, no es á humo de pajas ni por sus ojos vellidos. Galana cosa es que un poderoso regale á mi mujer, y que no haya yo de conocer el fin que lleva.

Holgábame yo, todos hacen lo mismo; no dice verdad quien dice que le pesa; que si le pesara, no consintiera. Si me holgaba yo dello, y consentia que mi mujer le recibiera; si la dejé salir fuera, y gusté que cuando volviese viniese cargada de la joya, del vestido nuevo, de las colaciones, y mi desvergüenza era tanta que las comía, y

